



EL CASTILLO DE MAQUEDA

Algunas veces hemos visto, al pasar desde Toledo hacia Avila, el Castillo de Maqueda, que desde su altura parece vigilar la confluencia de las carreteras en la llanura y que, con el de Escalona, nos hace evocar la época de D. Alvaro de Luna, cuya priverza es uno de los episodios de la Historia que más nos ha impresionado en la edad escolar, por su final trágico.

Pero no siempre podemos detenernos a contemplar lo que nos impresiona, y hemos de conformarnos con dar rienda suelta a la imaginación mientras continuamos nuestro camino por esta vida cada vez más intensa y, sin embargo, tan corta para llenar nuestras aspiraciones.

La vista de un castillo nos permite imaginar, en una gran síntesis, toda la historia de España. Su situación en lugares estratégicos hace suponer que, desde tiempos remotos, fueron ocupados dichos lugares por gentes primitivas, cuya principal defensa consistía en avizorar a distancia la presencia de otras gentes dispuestas a atacarlas, y que más adelante se reforzaron las condiciones naturales del terreno para la defensa mediante obras de tierra, fosos, empalizadas, etc., que llegaron a ser las fábricas que actualmente vemos, y que tan excelentes

servicios prestaron en épocas pasadas en que, con todos sus defectos, se rendía culto al valor y no se podía imaginar la existencia de la bomba atómica.

Sirvieron, en efecto, para consolidar posiciones conquistadas, albergando en su recinto a los colonos de los arrabales en caso de peligro; también, en ocasiones, para defenderse de las iras de éstos, no siempre sumisos ante los desafueros de los castellanos, y siempre como base de las frecuentes escaramuzas de los nobles entre sí o con su Rey.

Así ocurrió en Maqueda, donde se han encontrado indicios de la presencia de los romanos, y se sabe que los árabes apreciaban su fortaleza como una de las más importantes, dando Almanzor la orden de reconstruirla a fines del siglo x. Se encargó de la obra el célebre Fato-ben-Ibrahim, que realizó también importantes trabajos en Toledo.

Algunos años después, en 1010, fué derrotado a sus pies el valí Obidala, al que acuchillaron el rostro, crucificando a sus oficiales.

Esta crueldad de las tropas del califa Hixem no es la única que ensombrece la historia del Castillo de Maqueda, que, como casi todas las fortalezas, testigos vivos aun de tiempos pasados, conservan entre sus piedras el recuerdo mudo de muchas tragedias.